

RECIBIDO EL 16 DE OCTUBRE DE 2020 - ACEPTADO EL 17 DE ENERO DE 2021

ORIGEN DEL CONCEPTO DE RESILIENCIA Y CRÍTICA A SU APROPIACIÓN EN LOS PROYECTOS EDUCATIVOS DE MEDELLÍN

ORIGIN OF THE CONCEPT OF RESILIENCE Y CRITICISM ITS APPROPRIATION IN THE EDUCATIONAL PROYECTS OF MEDELLIN

ORIGEM DO CONCEITO DE RESILIÊNCIA E CRÍTICA A SUA APROPRIAÇÃO NOS PROJÉTOS EDUCACIONAIS DE MEDELLÍN

Diana Patricia Foronda Macías¹

Claudia Vélez de la Calle²

Colombia

¹ Candidata a Doctora en Ciencias de la Educación, Universidad de San Buenaventura, sede Medellín - Colombia. Magister en Educación y Desarrollo Humano, Universidad de Manizales convenio CINDE. Psicóloga, Universidad de Antioquia. Licenciada en Educación Preescolar, Universidad de Antioquia ORCID: 0000-0002-4326-4829 Correo electrónico: dipafoma@gmail.com

² Investigador senior. Postdoctora Ciencias Sociales, Universidad Santo Tomas. Doctora teoría de la Educación, Universidad Nacional de Educación a distancia. Magister en Desarrollo Educativo y social, Universidad Pedagógica Nacional convenio CINDE. Licenciada en Preescolar, Universidad de San Buenaventura. ORCID: 0000-0001-7014-047X Correo electrónico: cvelez02@yahoo.es

RESUMEN

El concepto de resiliencia ha evolucionado teóricamente; en principio, se consideró como una capacidad; luego como un proceso, para responder a una serie de situaciones que afectan a los individuos según un contexto y un referente histórico; en la actualidad se concibe como una propuesta esperanzadora con alternativas de intervención para contribuir a la formación de

sujetos y comunidades capaces de superar las adversidades, e incluso salir fortalecidos de ellas.

En este estudio de caso de enfoque cualitativo, tipo no experimental y desarrollado bajo el método hermenéutico-crítico, se comprende el origen del concepto resiliencia y su aplicación en el ámbito educativo, específicamente en el contexto de tres proyectos educativos de la ciudad de Medellín que atienden grupos socioeducativos vulnerables: Caminos para la resiliencia, Familias fuertes y resilientes, e Ícaro.

Finalmente, se realiza un análisis crítico del concepto; y se propone como noción alternativa, la resistencia.

PALABRAS CLAVE

Resiliencia, resistencia, vulnerabilidad, condiciones de riesgo.

ABSTRACT

The concept of resilience has evolved theoretically; in principle, it was considered as a capacity; then as a process, to respond to a series of situations that affect individuals according to a context and a historical reference; nowadays it is conceived as a hopeful proposal with intervention alternatives to contribute to the formation of subjects and communities capable of overcoming adversities, and even coming out stronger from them.

In this Case study of qualitative approach, of non-experimental type and developed under the hermeneutic-critical method, the origin of the concept of resilience and its application in the educational field is understood, specifically in the context of three educational projects of the city of Medellín that serve vulnerable socio-educational groups: Caminos para la resiliencia, Familias fuertes y resilientes, and Ícaro.

Then a critique is made of the concept around the ways in which these programs appropriate this, social as well as theoretical and disciplinary.

Finally, a critical analysis of the concept is carried out; and it is proposed as an alternative notion, the resistance.

KEYWORDS

Resiliencia, resistance, vulnerability, risk conditions.

RESUMO

O conceito de resiliência evoluiu teoricamente; em princípio, era considerado como uma capacidade; e depois, como um processo, para responder a uma série de situações que afetam os indivíduos de acordo com um contexto e uma referência histórica. Atualmente é concebida como uma proposta esperançosa com alternativas de intervenção que contribuem à formação de sujeitos e comunidades capazes de superar as adversidades, e mesmo emergir delas fortalecidas.

Neste estudo de caso com abordagem qualitativa, do tipo não experimental e desenvolvido sob o método hermenéutico-crítico, compreende-se a origem do conceito de resiliência e a sua aplicação no campo educacional, especificamente no contexto de três projetos educativos na cidade de Medellín com grupos socioeducativos vulneráveis: *Caminos para la Resiliencia, Familias Fuertes y Resilientes e Ícaro*.

Em seguida, é feita uma crítica ao conceito em torno às formas como esses programas se apropriam dele, tanto socialmente, como teórica e disciplinarmente.

Por fim, é realizada uma análise crítica do conceito; e é proposto como uma noção alternativa, a resistência.

PALAVRAS-CHAVE

Resiliência, resistência, vulnerabilidade, condições de risco.

INTRODUCCIÓN

Este artículo hace parte de la tesis doctoral Origen y Crítica al concepto de resiliencia en los proyectos educativos de Medellín que buscó comprender el concepto de resiliencia desde el ámbito pedagógico de tres proyectos educativos de la ciudad de Medellín, que atienden a grupos socioeducativos vulnerables: Caminos para la resiliencia (Duque, 2012), Familias fuertes y resilientes (Alcaldía de Medellín, 2016) e Ícaro (Duque, 2014), con el fin de hacer una crítica su origen y apropiación, para fundamentar un nuevo concepto o conceptos alternativos relacionados entre sí, como lo fue para este caso el concepto de resistencia.

Históricamente, los antecedentes del concepto de resiliencia se remontan a la época de la Primera Guerra Mundial, cuando surge el interés por conocer las preocupaciones de los sobrevivientes de la guerra. Por su parte, McLaren (2005), destaca que el concepto de resiliencia proviene del entorno anglosajón de las ciencias sociales y que surgió en la década de 1970 para permitir una mayor comprensión de fenómenos como la pobreza y la denominada “invulnerabilidad”, concepto que hace referencia a la capacidad del hombre de ceder ante una situación adversa.

Machuca (2002), reseña que fue el psiquiatra Michael Rutter, quien trató un concepto que hacía referencia a la capacidad social de adaptarse. Posteriormente, dicha noción tuvo cabida en la corriente del conductismo, en donde el etólogo Cyrulnik (2001) trabajó el concepto con sobrevivientes de los campos de concentración de la Alemania Nazi, así como con niños huérfanos rumanos y niños bolivianos en situación de calle.

En Colombia, la resiliencia ha tenido un desarrollo doctrinal diverso, según la disciplina que estudie la actitud resiliente, pero principalmente ha servido para abordar fenómenos como la violencia, el conflicto, el duelo, las enfermedades, la falta de empleo, la violencia intrafamiliar, los problemas académicos, entre otros.

En sí, la palabra resiliencia tiene su origen en el latín *resilio*, que significa volver atrás, volver de un salto, resaltar, rebotar. “El término fue adaptado a las ciencias sociales para caracterizar aquellas personas que, a pesar de nacer y vivir en situaciones de alto riesgo, se desarrollan psicológicamente sanos y exitosos” (Kotliarenco, Cáceres & Fontecilla, 1997, p. 5).

De acuerdo con Villalobos & Castelán (2002), el concepto de resiliencia se transfirió del campo de la psicología y la psiquiatría a la pedagogía, la sociología y a otras disciplinas, al igual que sus aplicaciones en el desarrollo de las personas ante la adversidad y el caos, cuestión que aún prevalece.

Según Ospina & Jaramillo (2005), desde la década de 1950 se comienzan a concebir y a promover nuevas formas y tendencias para comprender atributos individuales y condiciones familiares y sociales, frente a las cuales se respondía a través de procesos psíquicos de situaciones adversas; ello permitió que se crearan tendencias de resiliencia individual y de resiliencia comunitaria, en procura de lograr un fortalecimiento individual o social para hacer frente a situaciones de emergencia.

En el caso de la resiliencia comunitaria, esta trasciende la noción de resiliencia individual, por cuanto centra su atención en el fenómeno de las comunidades resilientes, que cuentan con un manto protector proveniente de las características y costumbres de la comunidad, que permiten enfrentar eventos negativos para construir bases que blinden al grupo frente al conflicto.

Todas estas definiciones concuerdan con lo expuesto en los distintos antecedentes, desde los que resulta posible identificar una noción de lo que se entiende por resiliencia como proceso de adaptación. Por otra parte, emergen dos acepciones o tendencias en la manera como se ha entendido y abordado la resiliencia, a la vez que se observa la existencia de una tensión de un pequeño reducto de investigadores, quienes buscan alejarse de las concepciones tradicionales de las últimas décadas sobre la concepción de resiliencia.

En este segundo grupo de estudios se pueden establecer posiciones críticas, no contrarias respecto de lo que significa e implica la resiliencia, sino de perspectivas críticas frente a su generalidad, las cuales exigen una clara explicitación que bien puede adaptarse al contexto educativo, que es, en definitiva, el objeto de interés de este estudio.

Se insiste en que la resiliencia es un término acríptico, por lo que se hace necesario desmontar este concepto. De ahí que uno de los retos de esta investigación sea demostrar que es posible generar un concepto que se asume, en principio, como carente de criticidad. Pero, también, constituye un reto para esta propuesta, la justificación de la necesidad de insistir en el concepto de resiliencia, cuando se quiere plantear una visión distinta a la que actualmente existe en la literatura sobre el tema, buscando su contextualización desde las dinámicas pedagógicas que se presentan en los proyectos educativos de resiliencia de la ciudad de Medellín.

Al igual que lo plantean Alonso-Geta et al. (2018, p.198)

Como intelectuales, dedicados a y comprometidos con la tarea educativa, estamos convencidos de la necesidad de revisar los fundamentos y las creencias más tenidas en consideración por profesores,

políticos, padres y, en definitiva, por la sociedad. Tanto es así que creemos que es una necesidad ineludible y perentoria repensar las ideas dominantes en la educación.

METODOLOGÍA

Esta investigación se realizó desde el paradigma cualitativo, siguiendo las pautas de Hernández, Fernández y Baptista (2010), debido a que se vale de datos que no requieren de medición ni cuantificación y solo necesitan de una interpretación valorativa. Este enfoque parte de la identificación de un problema de estudio concreto, debidamente delimitado para el caso específico de esta investigación, concerniente a la comprensión de los orígenes del concepto de resiliencia desde el ámbito pedagógico de tres proyectos de la ciudad de Medellín que atienden grupos socioeducativos vulnerables: Caminos para la resiliencia, Familias fuertes y resilientes, y el proyecto Ícaro.

Este trabajo se amparó bajo una tipología de investigación hermenéutico-crítica, ampliamente abordada por autores como Wilhelm Dilthey, Hans Gadamer y Paul Ricoeur, considerada como la vía más expedita para abordar la investigación aquí planteada, sobre todo por su condición multifacética, lo que a su vez permitió la inclusión de la subjetividad como herramienta de análisis en el proceso de comprensión e interpretación que buscaba efectuarse. Se eligió la tipología hermenéutica crítica, porque además de revisar antecedentes investigativos y teóricos, se requería hacer una comprensión analítica de lo que los actores educativos presentes en los proyectos educativos de Medellín, que hacen parte de este estudio, establecían sobre el concepto de resiliencia.

El método de esta investigación fue el estudio de caso, cuyas técnicas permiten realizar un estudio en profundidad de una situación, fenómeno o caso concreto, de tal forma

que se toma en cuenta, principalmente, sus características internas, pero también el contexto en el que se produce. Este método consiste en la identificación de situaciones específicas, para desarrollar sobre éstas procesos de análisis e interpretación, en un contexto de actitud dialógica entre el investigador, la doctrina y la experiencia personal de los participantes en el ejercicio investigativo.

Así, se buscó comprender el concepto de resiliencia desde el ámbito pedagógico de los antes citados proyectos educativos de la ciudad de Medellín, que atienden grupos socioeducativos vulnerables: Caminos para la resiliencia, Familias fuertes y resilientes y el Proyecto Ícaro, por lo que consideramos que el estudio de caso es el método más conveniente para la investigación.

Para los propósitos de esta investigación, se utilizaron como técnicas de recolección de la información la revisión documental, la entrevista semiestructurada y el grupo focal, todos aplicados de forma continua entre los meses de julio y diciembre de 2018.

El trabajo de campo con 28 personas pertenecientes a los tres proyectos de resiliencia en la ciudad de Medellín antes citados, es decir, tanto un grupo de usuarios como también aquellos que diseñaron los proyectos; así se conformaron los sujetos que proporcionaron información contextual sobre el objeto de estudio aquí planteado. Para esta investigación, a los entrevistados se les ha denominado “actores de la resiliencia”.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

En el desarrollo de la investigación emergieron categorías importantes, desde las cuales se estructura la crítica al concepto: 1. Desplazamiento 2. Naturalización y 3. Resistencia. Para esta investigación, la resiliencia denota adaptación a la adversidad.

Como opción alterna, se propone la resistencia, concebida desde la subjetividad política, es decir, desde la postura política que cuestiona, enfrenta y transforma realidades, alejándose de la actitud pasiva que legitima los discursos hegemónicos y serviles al poder, para lograr dirigir la atención hacia acciones que posibiliten cambiar la lógica impuesta de vivir en peligro.

Es decir, entenderemos aquí la subjetividad política como la producción de sentido y condición de posibilidad de un modo de ser, estar y actuar en sociedad; de asumir posición en esta y de hacer visible el poder para actuar (Martínez, 2012, pág. 7). Un actuar que surge como respuesta a la desazón y a la incomodidad de permanecer en contextos vulnerables y que implica resistirse a continuar siendo sometido, en otras palabras, un actuar que exige resistencia. En otros términos, la conciencia política emana ante las injusticias a las que se ven sometidos los individuos por situaciones estructurales y políticas, las cuales impiden, en palabras de Stefan Vanistendael (como se citó en Muñoz & De Pedro, 2005), tener unos buenos cimientos -metáfora de la edificación de una casa-, que permitan construir resiliencia.

Al igual que otros animales, los humanos han sido dotados de un gran potencial para resistir el clima y otros factores naturales. Sin embargo, para que los sistemas de protección natural se desarrollen y operen efectivamente, se necesitan amplios recursos sociales y materiales, pues la resiliencia depende de múltiples sistemas a nivel individual, que están integrados en sistemas sociales a escalas mayores. En consonancia con lo expuesto, en esta investigación la resistencia se considera como la capacidad de acción para resistirse a la vulneración de los derechos y a permanecer en contextos de adversidad. Resistencia que surge “cuando (...) somos sujetos políticos, cuando nos percibimos a nosotros mismos, reflexivamente, como agentes sociales con conciencia de nuestra identidad histórica, que apostamos a tomar

decisiones a futuro y nos sentimos responsables de la dimensión política de nuestras acciones” (Rodríguez, 2012, p. 321).

Una de las respuestas de los sujetos ante el agotamiento que generan los mandatos de “sea resiliente”, “usted es el responsable”, “usted solo tiene que ser capaz”, es la adopción de una postura política y el enfrentar el desafío de atreverse a cuestionar y reflexionar sobre los discursos dogmáticos que le imponen cargas sociales y vulneran sus derechos.

Esto es precisamente lo que se evidenció en el trabajo de campo realizado con los expertos sobre el tema de la resiliencia, quienes formaron parte de esta investigación, pertenecientes a los ya mencionados proyectos educativos de la ciudad de Medellín que atienden grupos socioeducativos vulnerables: Caminos para la resiliencia, Familias Fuertes y Resilientes, e Ícaro. Algunos participantes manifestaron lo que se transcribe a continuación.

“Yo intento hacer mucho énfasis que eso no es una práctica individual, o sea, que la resiliencia no será qué tan verraco será usted o qué tan verraca será usted, porque eso desconoce los derechos, desconoce las luchas que se han dado en la ciudad, y desresponsabiliza al Estado” (Participante 1, comunicación personal, 10 de agosto de 2018).

“Cuando escucho a políticos y a personajes pues como que tienen un nivel de poder mayor en comparación con otros y dicen: ‘hay que potenciar la resiliencia’, sí es un poco como en ese tono de hacerle quite a la responsabilidad que ellos tienen” (Participante 3, comunicación personal, 25 de julio de 2018).

Por consiguiente, emerge una conciencia política en la que es posible pensarse como agente de transformación; es decir, como

sujeto que reconoce las realidades sociales en donde priman la carencia y la vulneración de los derechos, y aun así pervive un interés por seguir trabajando en acciones que van más allá de los intereses individuales y que generan cambio en el mundo en que se vive. De esta manera, la adquisición de conciencia política hace que se asuman posturas que develan las relaciones de poder existentes en la estructura social, como lo expresó otro de los participantes entrevistados:

“lo social está permeado por intereses particulares, en donde lo que menos importa es lo colectivo, o digamos el buscar el bienestar, no, ahí se entrelazan, se mezclan otros intereses de otro tipo” (Participante 4, comunicación personal, 31 de julio de 2018).

Así se palpa que, por encima del interés común, descuella el interés privativo de unos pocos; se comprende que para ser exitoso no basta con tener el deseo de serlo y con mostrar una actitud positiva ante la vida, como tampoco es suficiente con tener capacidades resilientes. Esto va más allá, es mucho más complejo. La falta de oportunidades propicia que el círculo de pobreza se reproduzca en los mismos sujetos, familias y comunidades.

“La resiliencia, digamos que una de las formas en cómo se piensa es como un asunto sólo personal, entonces, ¿dónde está la responsabilidad del Estado de proveer esas ciertas condiciones para que el joven se pueda desarrollar?” (Participante 7, comunicación personal, 6 de octubre de 2018).

En una estructura social desigual, muchos sujetos son condenados a sobrevivir en círculos de escasez e inequidad, en situaciones de adversidad que debilitan su participación en acciones políticas y en la toma de decisiones que cuestionen o contradigan el poder y propendan a una sociedad más justa y democrática. Evans

& Reid (2016) comprenden a este tipo de individuo que se encuentra en resiliencia como “la encarnación más segura del pensamiento neoliberal pues se amolda a sus principios rectores sin cuestionar aquello que está en juego políticamente en la vulnerabilidad” (p. 66). De modo que, solamente, el individuo que deviene como sujeto político tiene la capacidad de comprender que los problemas de la escasez de recursos y de su condición de vulnerabilidad, no son su exclusiva responsabilidad y que, por ende, debe resistirse a cargar con el peso de sus desventajas sociales. De tal manera, lo interpreta otro de los entrevistados:

“El problema de Colombia no es de individualidades, sino que es un problema social, estructural, aquí no están las oportunidades dadas” (Participante 1, comunicación personal, 10 de agosto de 2018).

La conciencia política, como base fundamental de lo que aquí proponemos como resistencia, constituye, entonces, la posibilidad de que los sujetos y las comunidades se expresen acerca de asuntos sociales y precisen estrategias de acción que permitan la transformación social como una realidad y no como un ideal. La resiliencia, por el contrario, se inclina por la adaptación de los sujetos a lo instituido, por lo que “el sujeto en resiliencia no es un sujeto político que, en sus propios términos conciba cambiar el mundo, su estructura y sus condiciones de posibilidad” (Evans & Reid, 2016, p. 71).

Lograr una conciencia política no es cuestión simple; para que sea factible es necesario introducir argumentos, críticas y discursos que se contrapongan a los discursos dominantes y consigan “generar pensamiento que ampare propuestas de innovación, de reforma y de contestación a verdades que se creían intocables” (Alonso-Geta, 2018, p. 198).

El sujeto político se forma en sus experiencias y en sus relaciones; se configura en distintos espacios en donde le es posible poner en debate y controvertir las realidades, para introducir cambios con los que se beneficie a aquellos grupos sociales que a lo largo de la historia han estado desprotegidos y han sido acallados, mediante diferentes mecanismos que perpetúan la injusticia y la discriminación. Por consiguiente, la violencia aumenta y se endurece para mostrar sus secuelas en las casas, instituciones, los lugares de trabajo, en la comunidad toda; sobre ello Alvarado & Ospina exponen que (2014, p. 20) “estos incrementos acelerados de índices de violencia están fuertemente ligados al aumento de la desigualdad; por ello, sus mayores efectos se ven en (...) la adicción a sustancias psicoactivas, la drogadicción, la delincuencia común, el suicidio, entre otras”.

Estas circunstancias se hacen presentes en las narrativas de los propios actores de este estudio:

“La mayoría de nuestros jóvenes lo que tiene es que, es como si el chip del soñar ya no estuviera, porque han estado inmersos en una realidad tan dura, tan fuerte” (Participante 4, comunicación personal, 31 de julio de 2018).

La violencia que ha soportado durante varias décadas la ciudad de Medellín, es una de las problemáticas propias de una estructura social con marcadas desigualdades. Los jóvenes empobrecidos con la emergencia del sistema neoliberal, en muchas ocasiones se ven obligados a recurrir a luchas, marchas y manifestaciones para lograr el reconocimiento de derechos fundamentales, como la educación, o para procurarse el sustento que les permita sobrevivir. Bajo tales condiciones, el Estado señala a la población juvenil como responsables directos de la violencia en la ciudad, tildando de vagos, violentos y revolucionarios a los jóvenes que pretenden expresarse, movilizarse, resistir y rebelarse contra el orden establecido.

Naturalmente, los jóvenes al punto de ser estigmatizados e inculcados como violentos, se convierten en victimarios y el Estado pareciese tener la potestad para arremeter con violencia, gases, tanquetas y ataques militares, contra aquellos civiles “rebeldes” que se resisten a continuar sumidos en condiciones de vulnerabilidad. Solo unos pocos no han permitido ser sometidos a través de los discursos hegemónicos y demagógicos de los gobernantes de turno y han optado por asumir una actitud de resistencia, exigiendo la construcción de un mundo mejor.

Otro de los participantes lo expresa de este modo:

“La violencia no es un problema de orden público como a veces lo nombran, sino un problema de salud pública, ¿cierto?, y de componentes sociales y políticos, pero no de orden público, no es de ordenar a unos que están desordenados, como se creyó mucho tiempo. En los noventa esa visión era súper fuerte, con toda la violencia en Medellín se decía, “no, eso es orden público, hay que rodearlos y militarmente acabarlos” (Participante 1, comunicación personal, 10 de agosto de 2018).

Vinculado con ello, Bauman (2007) manifiesta: “mientras la élite viaja a su destino imaginario, situado en algún lugar cercano a la cima del mundo, los pobres han quedado atrapados en una espiral de delincuencia y caos” (p. 16). Esta problemática se relaciona con la reflexión formulada por otro participante:

“Es que no es entre buenos y malos que está la guerra en Colombia, sino entre falta de posibilidades y oportunidades” (Participante 1, comunicación personal, 10 de agosto de 2018).

Los jóvenes también se sienten agotados, desprotegidos, vulnerados e invisibilizados, bajo las condiciones estructurales de un sistema político y social que los somete, los cosifica y les dificulta actuar de manera individual y colectiva en busca del bien común. Sus voces solo son escuchadas como estrategia de confirmación de que los discursos, orquestados desde el poder, están impactando a la población joven de la manera cómo el mismo poder lo dictamina. Los jóvenes están atrapados en los límites de sus territorios, porque la falta de oportunidades y la pobreza no les ha permitido concebir otro mundo más allá de sus barrios. Así lo atestigua otro de los participantes en esta investigación:

“Lo que sucede con muchos jóvenes en nuestras comunidades, es que ellos están limitados a ese pequeño espacio. Muchos ni siquiera, o sea, hablan de Medellín como si no fuera la ciudad en la que ellos viven, sino que ven Medellín como si fuera lo que está allí abajo, entonces viven en las periferias, y Medellín es lo que está abajo, Medellín no es la ciudad de ellos” (Participante 7, comunicación personal, 6 de octubre de 2018).

Para lograr la modificación de dichas realidades resulta fundamental enfocar las problemáticas sociales desde otro punto de vista, es decir, asumirlas como problemas sociales, perspectiva que no cabe esperar del Estado ni de las clases que ostentan el poder, porque ellos son los favorecidos al mantener adoctrinados a los sujetos, tanto en lo individual como en lo colectivo, y al impulsarlos a renunciar a sus derechos, adaptándose a su situación de vulnerabilidad. En este aspecto, uno de los participantes considera que

“si no restablecemos los derechos de los jóvenes, si no velamos porque ellos puedan acceder a todos sus derechos, a una garantía de derechos, no vamos

a poder avanzar mucho” (Participante 4, comunicación personal, 31 de julio de 2018).

La postura política asumida por algunos sujetos y comunidades que han resultado afectados por las problemáticas sociales, grupos fragmentados, con voces que han sido silenciadas por experiencias dolorosas y acontecimientos violentos, es una postura que se resiste al mandato de la resiliencia, de callar el sufrimiento, los cuestionamientos, las discusiones y la conciencia. Es propicia la ocasión para recordar la frase de Nelson Mandela: “aprendí que el coraje no era la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre él. El valiente no es quien no siente miedo, sino aquel que conquista ese miedo”.

El sujeto político reconoce que la resiliencia trae consigo la premisa de la adaptación y el silenciamiento ante las injusticias. La resistencia, en cambio, lo conduce a alzar su voz y a dirigir sus acciones a una lucha por el reconocimiento, cuestionando lo que está instituido por el poder, con lo cual la situación deja de ser de injerencia meramente individual y adquiere interés colectivo, tal como lo plantea Martínez (2015, p. 332): “cuando luchamos por nuestros derechos no estamos sencillamente luchando por derechos sujetos a mi persona, sino que estamos luchando para ser concebidos como personas”.

Tales planteamientos concuerdan con lo expuesto por el Grupo de Estudios y Trabajo en Educación Popular (2011)

Esto es así porque hablamos de sujeto popular (pueblo político) cuando los sectores sociales dominados, explotados y empobrecidos – necesitados de un cambio radical– se organizan, se movilizan, y luchan, produciendo sentido en los procesos democráticos de construcción que generan para transformar la realidad y

oponerse a las prácticas de dominación e identificaciones que les impone el sistema. (p. 27)

Estas ideas las sintetiza, a su vez, el Participante 1, cuando manifiesta:

“Es más, generar conciencia colectiva. Y eso se parece más a la resistencia” (comunicación personal, 10 de agosto de 2018).

La resistencia debe entenderse frente a los discursos hegemónicos y a las distintas modalidades de vulneración, a la vez que capacidad de agencia para sopesar su propia voz, como competencia para emprender una participación crítica en reclamo de los propios derechos.

“Es más, pensarse no como víctimas, sino cómo yo me resisto ante ese contexto de vulneración” (Participante 6, comunicación personal, 08 de octubre de 2018).

En términos amplios, estas consideraciones de acuerdo con Sameroff (2005) significan que,

Más que centrarse en el mejoramiento de un concepto de resiliencia aún sin definición, a nivel individual, se debería poner más energía en el estudio de contextos sociales que fomenten resultados positivos. El mejoramiento de la competencia individual es una estrategia importante cuando las circunstancias sociales no puedan alterarse, pero un mayor número de resultados competentes se podría lograr si se realizan esfuerzos para cambiar los factores contextuales en vez de cambiar los factores individuales. (p. 4)

Como se sostiene aquí, ante el panorama social actual urge que las instituciones y los proyectos educativos logren generar conciencia colectiva. Tal como lo sostienen Alonso-Geta et al. (2018), esta debe ser una de las tareas de

los profesionales de la educación en la sociedad actual: revisar, criticar y denunciar y, al mismo tiempo, aportar alternativas y proyectos de mejora (p.198). Sin embargo, reconocemos que en Colombia esta es una tarea ardua, además de peligrosa, sobre todo porque se trata de un país que pareciera estar condenado al silencio, por cuanto crear conciencia individual y colectiva implicaría comprometer las condiciones que favorecen a una minoría ubicada en la cúspide de la escala social, ya que es un mandato mantener el silencio a fin de que quienes han escalado a lo más alto allí continúen. Las luchas, las marchas, y otras manifestaciones de diferentes grupos indígenas, afrodescendientes, desplazados, estudiantes, obreros, maestros, son expresiones de conciencia política y resistencia de los sujetos y de los grupos que se movilizan en busca de ser reconocidos, visibilizados y protegidos.

Torres (2009, p. 52), señala que los procesos colectivos de organización y movilización han constituido “un mecanismo eficaz de los sectores subalternos en los dos últimos siglos para visibilizar conflictos, injusticias y exclusiones sociales, así como para impugnar las arbitrariedades de los gobernantes y las consecuencias adversas de la expansión del capital”. En realidad, todos los movimientos de los últimos años no serían comprensibles sin estos enfrentamientos en contra de los absolutismos, arbitrariedades y sistemas autoritarios que se valen de la discriminación social y la coacción.

En el contexto de esta investigación, la violación de los derechos se descubre a través de los relatos de aquellos que se atreven a vencer el temor, a quienes se les ha dominado y se les ha inmovilizado ante las injustas condiciones sociales en las que les ha tocado sobrevivir. Esta particularidad de vivir en medio del miedo, la angustia y la desesperanza es la realidad que se vive en Colombia, paradójicamente reputado como “el segundo país más feliz del

mundo” (El Espectador, 2018). En este país se localiza Medellín, reconocida como “la ciudad más educada” (El Espectador, 2004) y resiliente (Caracol Radio, 2017). Estos reconocimientos fueron desestimados por otro de los sujetos participantes en la presente investigación:

“Medellín es una ciudad resiliente, yo digo noo, pues esa también es una manera de vender la ciudad y el país, pero somos resilientes porque no has tocado vivir en conflicto, porque hay injusticia, porque hay una desigualdad enorme, porque asesinan por todas partes, o sea por unas situaciones tan injustas y que como hemos logrado superarlas somos resilientes” (Participante 3, comunicación personal, 25 de julio de 2018).

Puede señalarse como una realidad del país, el hecho de que la estructura social y las relaciones de poder que allí se tejen han afectado la capacidad de agencia de los sujetos, porque sus conciencias individuales han sido adoctrinadas, asegurando de esta manera su sujeción al servicio del sistema e inhabilitando su participación en lo social, en lo político y en lo público. A tal grado se mediatiza la conciencia que los sujetos terminan convenciéndose de que si no logran triunfar es porque son incapaces. Se culpan de no ser exitosos en un país “inmensamente feliz”. Ante este panorama, pocos logran sospechar de los discursos oficiales e interpretar lo que subyace en su trasfondo.

Como lo expresan Evans & Reid (2016), la resiliencia es actualmente propuesta por las agencias e instituciones neoliberales, especialmente como la propiedad fundamental que los pueblos y las personas, en todo el mundo, deben poseer para convertirse en sujetos plenos y desarrollados.

En esta misma línea de ideas, otro de los participantes, discurre que la resiliencia

“es más bien como un mecanismo político, en los términos de Foucault, como un mecanismo político, que promueve la expansión de la incertidumbre y las lógicas anticipatorias de su manejo, o sea, es como si encuadrara que todos tenemos que ser de determinada manera para enfrentar unas incertidumbres y unos riesgos que son naturales a lo social” (Participante 4, comunicación personal, 31 de julio de 2018).

Así, se comprueba que las expresiones de algunos de los entrevistados apoyan las premisas de esta investigación, en la cual no se plantea argüir en contra de la resiliencia, ni poner en entredicho que una actitud positiva, el humor, la creatividad, la autonomía y las demás actitudes o habilidades que los autores han denominado pilares de la resiliencia, beneficien el sujeto y la manera como este pueda afrontar diferentes situaciones de la vida. Lo que se propone en este estudio es develar el manejo ideológico e intencionado de transferir la responsabilidad de las adversidades sociales a los individuos, eximiendo a los contextos.

De este modo lo entiende un participante:

“No se debe como “satanizar” el término también, como ¿En qué puede aportar? Pero también ¿De qué manera lo están manipulando para descuidarse de otros asuntos que son responsabilidad del Estado, del municipio, de las instituciones que reciben recursos públicos?” (Participante 10, comunicación personal, 8 de octubre de 2018).

Cuando se asume una postura política, los sujetos reconocen que el problema de la precarización de las condiciones de vida es de orden macropolítico, social y del Estado, que ha dejado de ser protector y, por lo tanto, no

proporciona los recursos necesarios para apoyar el desarrollo de los individuos. Tal como lo refiere otro participante:

“Existen intereses económicos y políticos que le apuestan más a una resiliencia para seguir contribuyendo a un desarrollo económico, a un crecimiento económico, más que al desarrollo del ser” (Participante 6, comunicación personal, 08 de octubre de 2018).

Al respecto, Evans & Reid (2016) aseguran que no sorprende el hecho de que las ideas que rodean la resiliencia se concentren mucho más en quienes se les caracteriza por ser personas más vulnerables y acotan que es precisamente la inseguridad “de los que se encuentran más en riesgo la que amenaza políticamente la seguridad y las comodidades de aquellos que están lo suficientemente protegidos y excluidos de los efectos demasiado reales de las sociedades basadas en el riesgo” (p. 60).

Con la naturalización del concepto de resiliencia se transfiere al individuo la responsabilidad de los problemas sociales, lo cual se convierte en un soporte para el sistema social y político existente. En este punto cabe señalar que el concepto de “naturalización”, trabajado en las ciencias sociales especialmente por autores como Josep Vicent Marqués escritor español, sociólogo y licenciado en derecho, indica que todo lo que rodea al ser humano y que hace parte de lo cotidiano, es decir, los objetos, los comportamientos de los individuos, las acciones, las relaciones humanas y hasta las propias instituciones, se han convertido en naturales, cuando en realidad no lo son. En palabras del citado autor:

las cosas no son necesariamente naturales, como son ahora y aquí. Saberlo le resultará útil para contestar a algunos entusiastas del orden y el desorden establecidos, que a menudo dicen que ‘es bueno y natural esto

y aquello', y poder decirles educadamente 'veamos si es bueno o no, porque natural no es. (Marqués, 1982, p. 5)

A lo previamente expuesto, es posible agregar que la resiliencia -el concepto mismo-, igualmente se ha naturalizado en nuestra sociedad. Efectivamente, uno de esos enfoques naturalizadores que configuran el discurso de la resiliencia, ha sido la biologización de la capacidad que tiene el ser humano para hacer frente a las adversidades, superarlas y resultar transformado, positivamente. Más aún, el concepto tradicional de resiliencia, el cual se ha naturalizado en lo colectivo y en lo individual, le ha impuesto un gran número de cargas al sujeto, desresponsabilizando al Estado y a sus instituciones de aquello que les compete.

Tal apreciación se desprende de lo expresado por otro de los participantes:

“La resiliencia tiene para mí un problema fundamental y es que todavía le deja mucha carga a la persona, al sujeto, y ya luego fui entendiendo que la resiliencia debe tener un papel más colectivo, o sea, que usted puede ser el más ducho, la más ducha para afrontar problemas, para salir más fortalecido incluso, pero eso requerirá precisamente condiciones estructurales” (Participante 1, comunicación personal, 10 de agosto de 2018).

Desde luego, lo anterior no significa que el Estado tenga que asumir todas las tareas ya que dejan de existir responsabilidades individuales. Sin lugar a dudas, hacerles frente a problemáticas sociales ligadas a las características individuales de los sujetos o de las comunidades, lleva a un desconocimiento de las causas sociales que pueden generar dichos problemas. Por ejemplo, calificar a las personas menos favorecidas en el aspecto económico como un grupo vulnerable

por naturaleza, o como incapaces de superar la pobreza, implica ignorar la desprotección, exclusión y discriminación de las que han sido víctimas durante décadas. Al describir tal situación, un participante puntualiza:

“La resiliencia no es solo del individuo, sino que el contexto debe dar también unas condiciones favorables para que las personas puedan superar sus adversidades, pues todas las personas pueden tener adversidades, pero si un contexto te lo dificulta va a ser mucho más difícil que una persona supere esas dificultades, entonces es también, responsabilizar la sociedad de la resiliencia de sus individuos, entonces es también responsabilizar al Estado y las comunidades de brindar condiciones favorables para que las personas superen sus adversidades” (Participante 2, comunicación personal, 30 de julio de 2018).

Esto es, palpablemente, lo que sucede con la resiliencia, pues se ha supuesto que las personas deben ser capaces de enfrentar o sobrellevar las adversidades y que por esta razón deben atenderse las comunidades vulnerables, pues son grupos diferentes, afectados y en riesgo, por lo cual habrá que poner a su disposición proyectos de intervención. Es en tales casos cuando aparece el Estado con su poderosa idea naturalizante de resiliencia, “avalada por justificaciones científicas que empujan el concepto más allá de su alcance” (Miranda & Lazos, 2018, p. 59).

Es este sentido, Vanistendael & Lecomte (2000), en sus planteamientos sobre resiliencia, proponen un concepto desde la óptica de las satisfacciones de las necesidades básicas que son atribuciones del Estado, pues es la instancia que debe ofrecer oportunidades reales y concretas, a fin de que los sujetos puedan desarrollarse y tener una vida digna y exitosa. De

aquí que, en la naturalización de la resiliencia y en sus buenas intenciones, se halle un trasfondo de complicidad con aquellas responsabilidades que evade el Estado.

Se hace necesario, entonces, desnaturalizar la resiliencia, término que, desde su origen, en la década de 1960, “fue adaptado a las ciencias sociales para caracterizar aquellas personas que, a pesar de nacer y vivir en situaciones de alto riesgo, se desarrollan psicológicamente sanos y exitosos” (Kotliarenko, Cáceres & Fontecilla, 1997, p. 5). Será necesario, a la par, problematizarla y descartar lo obvio del concepto, pues “casi nada es natural. Tampoco tiene por qué serlo. Es imposible” (Marqués, 1982, p. 197). Los discursos con los que está construido el concepto de resiliencia deberán evitar caer en la naturalización de ciertas situaciones de vulnerabilidad y de crisis. Lo anterior pareciera justificarse a la luz de lo expresado por un participante:

“La resiliencia promueve vivir en medio del peligro, o sea, como que tenemos que aceptar vivir en medio del peligro como algo socialmente inevitable”. (Participante 5, comunicación personal, 5 de octubre).

Encontramos, además, conceptos asociados al de resiliencia, entre ellos el de vulnerabilidad, entendida como la tendencia “a sufrir afecciones diversas. Esto incluye las características de una persona o de un grupo, así como su situación, lo que influye en su capacidad para anticipar los efectos adversos de sucesos físicos, hacerles frente, resistirlos y recobrase de ellos” (Evans & Reid, 2016, p. 23).

Merece recordarse, por lo tanto, que el concepto de resiliencia “ha tratado de desplazar la noción de vulnerabilidad, que ha sido en sí misma una noción crítica de las condiciones sociales que definen la propensión de las

poblaciones más pobres a sufrir desastres y sus dificultades para recuperarse” (Cuevas, 2014, p. 25). No obstante, en esta investigación la vulnerabilidad se entiende como un atributo interno, relacionado con la capacidad de tomar decisiones razonadas, constituyéndose en las propias “no-libertades” o las restricciones, tanto materiales como ideológicas, que impiden al ser humano resistirse a la desigualdad. Es decir, desde esta investigación, se conceptúan como vulnerables aquellas personas que se adaptan, sin queja ni reclamo, a vivir en una estructura social que los aniquila.

Lo antedicho impone priorizar la reflexión y el análisis en torno a una noción cada vez más distinta del concepto de resiliencia, lo cual debe estar fundamentado en la desnaturalización misma del concepto. Ello implica sacar del ámbito de lo resiliente el desempeño de un rol sumamente pasivo del Estado, en asuntos relacionados con la pobreza, la marginalidad, la desprotección, la violencia, la falta de oportunidades, etc. En otros términos, la resiliencia desde la noción tradicional e individualista que:

“hay que pensarse para prevenir violencias, fortalecer a las naciones para que sean resilientes y se encarguen solitas de sus problemas” (Participante 1, comunicación personal, 10 de agosto de 2018).

Lo anterior es una clara muestra de la naturalización de la resiliencia, dado que los actores que deben procurar sus propias herramientas para hacer frente a los problemas, son los sujetos, las poblaciones y las naciones. Este asunto resulta inquietante y, por lo tanto, requiere de una apropiación colectiva que señale y reclame aquello que los aqueja. El hecho de que se siga aceptando un concepto de resiliencia que transfiera un creciente número de responsabilidades al individuo, al tiempo que

no se le reclaman al Estado-colectivo, dificulta prevenir situaciones de violencia, desigualdad, inequidad e injusticia.

Ya se ha establecido que la resiliencia debe ser un esfuerzo realizado desde lo colectivo, mediante el cual el individuo debe ser capaz de aprovechar oportunidades que ofrezca el Estado. Por consiguiente, el sujeto no se encuentra solo, porque desde lo colectivo es posible afrontar con mayor eficiencia las dificultades. Como lo expresara McLaren (2005), es la acción colectiva la que permite librarse de condiciones de dominio, opresión e irracionalidad y, por tanto, generar igualdad y justicia social.

En los discursos de los mandatarios, y en el creciente apoyo a la difusión del concepto de resiliencia por parte de estos, se evidencia la promoción de un concepto que se ha naturalizado, y ha trasladado al individuo todos los gravámenes que impone la superación de sus dificultades. Situación que, en términos políticos y económicos, resulta ventajosa para el Estado mismo, en detrimento de los individuos. De acuerdo con Hidalgo & Miralles (2016), esta forma de concebir la resiliencia es una manifestación de cientificismo, que permite la implantación de políticas sociales fundadas en una concepción de carácter neoliberal.

“la resiliencia ha sido una bandera a través de la que los políticos se han excusado, se han tapado. Una población en condiciones de vulnerabilidad, no es que ellos sean vulnerables, sino su territorio, son sus recursos, es un territorio en condiciones de vulnerabilidad” (Participante 10, comunicación personal, 8 de octubre de 2018).

Sin embargo, ello no significa que el Estado sea el único responsable de proveer herramientas, recursos y asesoramiento para que los sujetos y comunidades puedan superar la vulnerabilidad.

Efectivamente, se trata de una responsabilidad compartida entre Estado e individuo; un asunto de corresponsabilidad, en el cual el primero hace un gran esfuerzo y el segundo aprovecha las oportunidades que se le ofrecen, ya que, según señalan Coles & Buckle (2004), es quien tiene la capacidad, habilidad y conocimiento para recuperarse frente a una adversidad, aunque tal capacidad también sea comunitaria, pues la recuperación efectiva de una adversidad, de un desastre, de una catástrofe, o de cualquier calamidad, solo se puede lograr cuando la comunidad afectada participa plenamente en el proceso de recuperación.

Básicamente, la resiliencia como estrategia para “salir adelante” requiere de la totalidad de los elementos individuales, pero es ineficaz sin los recursos que debe proveer el colectivo. De igual manera, para avanzar y prosperar se requiere la participación activa de los sujetos y comunidades en la lucha por la igualdad de condiciones políticas, económicas y sociales. A favor de este tema se inclinan Pfefferbaum et al. (2005), quienes señalan que son los miembros de la comunidad los que tienen la verdadera capacidad de remediar el impacto de un problema, aunque es el individuo quien debe aportar sus competencias para que esa comunidad posea efectivamente esa capacidad.

El problema, en este caso, no radica en las habilidades de los individuos para salir, por ejemplo, de la pobreza, sino en que los gobiernos no brindan las oportunidades suficientes para el acceso a la educación gratuita y de calidad como un asunto de derecho. Del mismo modo, no hay facilidad de acceso a viviendas dignas, porque no se invierten los recursos suficientes a fin de que los sujetos puedan ver satisfechas sus necesidades básicas. O bien, se destinan los recursos para ello, pero la deficiente administración no permite que se inviertan adecuadamente. Por lo tanto, se hace necesario fortalecer la capacidad individual de asumirse

como sujeto político, para contribuir de manera comunitaria a una mejor sociedad, actuando con la convicción de que el bienestar de todos es un asunto de corresponsabilidad.

De esta manera también lo concibe uno de los participantes, cuando expresa:

“No podemos poner la responsabilidad de la resiliencia en el sujeto, toda no, eso es una responsabilidad compartida. Tan es responsable el sujeto que está acá de potenciar su resiliencia, como el medio de ofrecer las capacidades y la oferta y las opciones y alternativas para que este sujeto se enamore, quiera explorar, se vuelva un ser curioso frente a eso que le ofrece el medio” (Participante 4, comunicación personal, 25 de julio de 2018).

Esta figuración implica establecer que, en ese proceso de desnaturalización de la resiliencia, el Estado debe asumir el rol de agente potencializador de dicho proceso, lo cual se logra con la oferta de opciones y alternativas para que el sujeto resiliente logre transformar las condiciones adversas a las que se enfrenta.

El concepto subsumido en esta reflexión evidencia, en última instancia, la certeza de que el individuo requiere indiscutiblemente de la ayuda del Estado; de que este se responsabilice, como gobierno, de las comunidades, de los pueblos, de las regiones, cuando alguno de sus miembros, o un grupo en concreto, se vea afectado por situaciones sociales que lo expongan a situaciones de vulnerabilidad o de riesgo.

CONCLUSIONES

Actualmente, Colombia presenta condiciones preocupantes de pobreza, exclusión, marginalidad y desigualdad, en tal grado que se considera el país más desigual según el índice de desarrollo regional para América Latina, en el cual los ciudadanos enfrentan mayores dificultades para alcanzar sus metas y aspiraciones. Frente a este panorama desalentador nos encontramos sin respuestas, pero con nuevas propuestas, proyectos, estrategias y programas, que buscan fortalecer acciones para la promoción de resiliencia en los sujetos individuales y colectivos. Dicho concepto, planteado desde el ámbito educativo, con base en los tres proyectos que son objeto de esta investigación, permite comprender cómo una noción que sobrevalora las capacidades del individuo por encima de la responsabilidad social, innata a toda acción humana, es impulsada por la psicología humanista, revestida de un matiz modernista y liberal que ignora las características del contexto social, cultural e histórico en el que los individuos se desenvuelven.

El concepto de resiliencia es un término aplicado por la psicología a la capacidad que despliegan los sujetos para soportar adversidades. Alude, además, a una cualidad que deben poseer los individuos y en ninguna instancia interroga los contextos y poderes externos que generan las adversidades. En ese sentido, su aplicación al campo educativo, sin análisis de origen y de comprensiones críticas, genera una veridicción, en términos de Michel Foucault (2014), proclive a subjetivizar los actores educativos y a disciplinarlos en el sometimiento y la subordinación.

Las conclusiones que derivan de este trabajo de investigación, expuestas seguidamente, correlacionan los aportes de diferentes investigadores, autores y actores de los proyectos de resiliencia, de modo que faciliten la comprensión del concepto de resiliencia.

La difusión del concepto, su repetición y el uso indiscriminado en distintos escenarios educativos y sociales, han mostrado un proceso de naturalización del término, es decir se convierte en un fenómeno que induce a los sujetos a creer que poseen, o no poseen, ciertas características biológicas, psíquicas y emocionales, de las cuales dependen para obtener lo que el entorno no les ofrece.

En el contexto educativo de Medellín, una observación crítica revela que la resiliencia educativa en la ciudad significa adaptación, resistencia y resignación, ante las falencias educativas históricas. De esta manera, la resiliencia se convierte en un concepto que apuntala al sistema social actual, por cuanto contribuye al adoctrinamiento de los sujetos a fin de que se adapten, como algo natural, a las relaciones de dominación, exclusión, injusticia y violencia social.

Lo anteriormente expuesto permite concluir que el concepto de resiliencia, a través de los distintos desplazamientos, su acelerada difusión y su naturalización, ha adquirido una connotación universal y salvífica. Sin embargo, se ha hecho evidente en esta investigación que la expansión del concepto se ha dado de una manera mecánica y que, debido a la repetición, se ha generalizado la creencia de que todas las situaciones adversas que afectan la existencia de los individuos, deben ser resueltas por su capacidad y creatividad personal, idea que se extiende por diferentes disciplinas, como si se tratase de un talismán para alcanzar la salvación y superar con éxito las dificultades.

En la sociedad actual, la naturalización de un concepto, en este caso el de resiliencia, puede considerarse como una estrategia de dominación en la que, atribuyendo a causas naturales las problemáticas sociales, los sujetos y las comunidades se sienten responsables de enfrentarlas, ocultándoseles, de esta manera, las causas sociales de dichos problemas. De igual manera, el concepto se moraliza, en tanto

adquiere la categoría de “bueno” quien logra ser exitoso, gracias a la capacidad resiliente, y “malo” aquel que no lo logra. En ese sentido, Huergo (2013) afirma que la falta de éxito individual se debe al incumplimiento de las pautas establecidas para ello, lo cual supone un juicio de valor y se considera reprochable.

En el campo educativo, la aplicación del concepto bajo este enfoque moralista, implica la aceptación del entrenamiento educativo, es decir, la imposición de desarrollar capacidades resilientes. Al respecto, Marqués (1982) señala:

entender el éxito desigual que los diferentes individuos tienen en el sistema educativo como meras diferencias genéticas ligadas a la inteligencia humana, sería otra forma de naturalización que desconoce las desigualdades sociales que los diferentes grupos presentan a la hora de enfrentarse a la educación. (p. 10)

Por último, es importante señalar que la propuesta de una nueva mirada crítica a un concepto instaurado y naturalizado en la sociedad, no surgió de un impulso desenfrenado. Por el contrario, es el resultado de un proceso investigativo amplio y riguroso, con el compromiso de aportar conocimientos, en este caso al campo de la educación. Formular una crítica al concepto, desde su origen en la teoría hasta su aplicación en la práctica, implicó mostrar otras formas de entender la adversidad y sus efectos en los sujetos, a la vez que proponer un concepto alternativo, en este caso de la resistencia, sin desconocer que, en un país como Colombia, uno de los grandes desafíos para quienes adopten una postura política de resistencia, es verse enfrentado no a las adversidades causadas por desastres naturales, sino al peor desastre que por décadas ha azotado a la educación y al país: el desastre de la corrupción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcaldía de Medellín (2016). *Familias fuertes y resilientes*. Medellín, Colombia: Alcaldía de Medellín, Secretaría de Salud. Recuperado de <https://repository.ces.edu.co/bitstream/10946/3170/1/Familias%20Fuertes%20Resilientes.pdf>
- Alonso-Geta, P. M. P., García Garrido, J. L., Rodríguez Neira, T., Sarramona López, J., Colom Cañellas, A. J., Vázquez Gómez, G., & Touriñán López, J. M. (2018). *Repensar las ideas dominantes en educación*. *Revista Boletín Redipe*, 7(9), 195–201. Recuperado de <https://revista.redipe.org/index.php/1/article/view/576>
- Alvarado, S., & Ospina, H. (2014). *Socialización y configuración de subjetividades: Construcción social de niños y niñas y jóvenes*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Caracol Radio. (2017, mayo 31). Medellín fue elegida como laboratorio de resiliencia en el mundo. Caracol Radio Medellín. Recuperado de https://caracol.com.co/emisora/2017/05/31/medellin/1496229524_869131.html
- Coles, E. & Buckle, P. (2004). Developing community resilience as a foundation for effective disaster recovery. *Australian Journal of Emergency Management*, 19, 6-15. Recuperado de [https://www.scirp.org/\(S\(lz5mqp453edsnp55rrgjct55\)\)/reference/ReferencesPapers.aspx?ReferenceID=2064255](https://www.scirp.org/(S(lz5mqp453edsnp55rrgjct55))/reference/ReferencesPapers.aspx?ReferenceID=2064255)
- Cuevas, A. (2014). Vulnerabilidad social vs. resiliencia: un acercamiento a partir de las ciencias sociales para el estudio de procesos de riesgo de desastres. En Soares, D., Millán, G. & Gutiérrez, I. (Coords.) *Reflexiones y expresiones de la vulnerabilidad social en el sureste de México* (16-30). México: Instituto Mexicano de Tecnología del Agua.
- Cyrułnik, B. (2001). *La maravilla del dolor. El sentido de la resiliencia*. Buenos Aires: Granica.
- Duque, L. (2012). (Director). *Proyecto Caminos para la Resiliencia*. Antioquia, Colombia: Universidad de Antioquia/Previva. Recuperado de <http://www.udea.edu.co/wps/wcm/connect/udea/4b3206d9-b962-481f-9a95-db957cdb1d52/INFORME+CUALITATIVO.pdf?MOD=AJPERES&CVID=lglsqL6>
- Duque, L. (2014). *Proyecto Ícaro*. Medellín, Colombia: Secretaría de la Juventud/ Universidad de Antioquia.
- El Espectador. (2004, octubre 27). Medellín quiere ser la ciudad más educada. *EL ESPECTADOR*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1533129>
- Evans, B. & Reid, J. (2016). *Una vida en resiliencia. El arte de vivir en peligro*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2014). *Subjectivité et vérité. Cours au Collège de France. 1980-1981*. Paris, Seuil-Gallimard.
- Grupo de Estudios y Trabajo en Educación Popular. (2011). Autoformación de pobladores y estudiantes contra la patologización y exclusión del sistema educativo. *Diatriba, Revista de Pedagogía Militante*, (1), 22-29.

- Hernández, R., Fernández, C. & Baptista, L. P. (2010). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.
- Hidalgo, M. & Miralles, B. (2016). *Vulnerabilidad y resiliencia: medios y miedos*. Recuperado de <http://septg.es/boletinseptg/docs/32C.pdf>
- Huergo, A. (2013). Mitos y falacias de la "psicología positiva". *Microfilosofía*. Recuperado de <http://www.microfilosofia.com/2013/08/mitos-y-falacias-de-la-psicologia.html>
- Kotliarenco, M., Cáceres, I. & Fontecilla, M. (1997). *Estado de arte en resiliencia*. Washington: Organización Panamericana de la Salud.
- Machuca, J. (2002). Resiliencia: una aproximación a la capacidad humana para afrontar la adversidad. *Diálogos*, (2), 59-135.
- Marqués, J. V. (1982). *No es natural. Para una sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, España: Anagrama.
- Marqués, J. V. (1982). *No es natural. Para una sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, España: Anagrama.
- Martínez Pineda, M. (2012) Sujeto y política: vínculos y modos de subjetivación. *Revista colombiana de educación*, 63.
- Martínez, A. (2015). La tensión entre materialidad y discurso: La mirada de Judith Butler sobre el cuerpo. *Cinta Moebio*, 54, 325-335
- McLaren, P. (2005). *La vida en las escuelas: una introducción a la pedagogía crítica en los fundamentos de la educación*. México: Siglo XXI Editores.
- Miranda, C. & Lazos, E. (2018). Miradas críticas de los paradigmas normativos de adaptación y resiliencia en los discursos de cambio climático. En Avzaradel, C. & Parola, G. (coords.), *Cambios Climáticos, Tratados Ambientales, Constituciones y Derechos Humanos*, (39-72). Brasil: Universidad Federal Fluminense.
- Muñoz, V. & De Pedro, F. (2005). Educar para la resiliencia. Un cambio de mirada en la prevención de situaciones de riesgo social. *Revista Complutense de Educación*, 16(1), 107-124.
- Ospina, D. & Jaramillo, D. (2005). *La investigación sobre resiliencia en Colombia*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Pfefferbaum, B., Reissman, D., Pfefferbaum, R., Klomp, R. & Gurwitch, R. (2005). Building resilience to mass trauma events. En Doll, L., Bonzo, S., Mercy, J. & Sleet, D. (Eds.), *Handbook on injury and violence prevention interventions* (347-358). New York: Kluwer Academic Publishers.
- Rodríguez, M. I. (2012). La formación de la subjetividad política. *Revista Colombiana de Educación*, (63), 321-328.
- Torres C., A. (2009). Acción colectiva y subjetividad. Un balance desde los estudios sociales. *Folios*, (30), 51-74.
- Vanistendael, S. & Lecomte, J. (2000). *Le bonheur est toujours possible. Construire la résilience. [Happiness is always possible. Building resilience]*. Paris: Bayard.
- Villalobos, E. & Castelán G., E. (2002). *La resiliencia en la educación* (Tesis de pregrado). Universidad Panamericana, México.